



**LA LECTURA INTENSIVA EN LOS SUFRIMIENTOS DEL JOVEN WERTHER,
DE J. W GOETHE**

**INTENSIVE READING IN *THE SORROWS OF YOUNG WERTHER*,
BY J. W GOETHE**

Daniel C. Bellantonio¹

Universidad de Buenos Aires
Argentina
danielbell10011@gmail.com

RESUMEN

En este trabajo analizamos una escena de lectura perteneciente a la novela *Los sufrimientos del joven Werther*, de J.W. Goethe (1774). Nuestro examen se inscribe en el campo de la historia social de la lectura y la escritura, y en tal dirección, siguiendo formulaciones ya clásicas de autores como Roger Chartier al mismo tiempo que estudios más recientes como los desarrollados por la investigadora Mariana di Stefano, abordamos dicha escena entendida como representación discursiva de una práctica de lectura propia de una época y de un grupo social determinado, a la vez que describimos los aspectos concernientes a su materialidad. En esa línea, identificamos el punto de vista del enunciador respecto de la práctica que la escena en análisis visualiza, así como la ideología lectora y el ideogema que subyacen en el enunciado. Como resultado de nuestra observación, damos cuenta del carácter intensivo de la práctica lectora durante la segunda mitad del siglo XVIII en Europa y, por otra parte, apuntamos que los elementos de una escena literaria pueden hallarse no solo en el segmento donde esta se desarrolla, sino también en otros fragmentos de la obra, por lo que los contenidos en estos últimos resultan de importancia para su comprensión.

Palabras clave: Escena de lectura literaria – Prácticas sociales – Representación discursiva – Lectura intensiva – Werther

ABSTRACT

In this paper we analyze a scene of literary reading from the novel *The sorrows of young Werther*, by J.W. Goethe (1774). Our research inscribes itself in the field of social history of reading and writing. Guided by classic formulations from authors such as Roger Chartier and, at the same time, more contemporary studies such as the works developed by researcher Mariana di Stefano, we approach that scene understood as a discursive representation of a typical reading practice at a specific time and in a particular social group, without losing sight of its material aspects. In this way, we identify the speaker's point of view regarding the practice that the analyzed scene makes visible, as well as the reading ideology and the *idéologème* underlying the utterance. As a result of our observation, we indicate the intensive character of reading practice during the second half of the 18th century Europe and, moreover, we point out that the elements of a literary scene can be found not only in the part where the scene takes place but also in other passages of the text; therefore the contents of these last fragments are important for its comprehension.

Keywords: Scene of literary reading – Social practices – Discursive representation – Intensive reading – Werther

Recepción: 07-10-2019

Aceptación: 25-04-2020

INTRODUCCIÓN

Este trabajo se propone analizar una escena de lectura literaria perteneciente a la novela *Los sufrimientos del joven Werther*, de J.W. Goethe (1774). La iniciativa de analizar una escena de lectura tan conocida y estudiada desde la aparición de la novela que la contiene, hace casi doscientos cincuenta años, nace de la observación que la relectura de esta, realizada a la luz de las herramientas teóricas correspondientes al campo de la historia social de la lectura y la escritura, produjo en orden a la presencia de elementos de aquella en segmentos de la obra distintos de aquel en que se desarrolla.

Si generalizamos dicha observación, podemos postular que una escena literaria puede integrarse con múltiples elementos diseminados pero necesarios e incluso imprescindibles para comprenderla, de modo que el rasgo de la escena como todo sistémico, en el que sus componentes conforman un sistema de formas (di Stefano, 2013, p. 150), debe buscarse en diversos fragmentos sin por ello dejar de constituir un todo.

Puntualizar esta formulación constituye nuestro principal objetivo, a la vez que estudiamos los restantes aspectos de la escena. También se aludirá a otras escenas de lectura contenidas en la obra.

Por otra parte, intentaremos dar una respuesta al interrogante que se plantea acerca del carácter de la práctica lectora durante la segunda mitad del Siglo XVIII en Europa, el que se centra en la oposición entre lectura intensiva y extensiva.

En tal inteligencia, analizaremos esta escena entendida como representación discursiva de una práctica de lectura propia de una época y de un grupo social determinado (que comparte una concepción literaria y filosófica específica), sin por ello descuidar los aspectos concernientes a la materialidad de la práctica, pues ambas se encuentran íntimamente relacionadas (di Stefano, 2013).

En la perspectiva que considera la escena de lectura como una representación discursiva de la práctica, trataremos de identificar el punto de vista del enunciador respecto de esta, “[...] el deber ser que su enunciador atribuye a la práctica, la forma modélica de la práctica que ese punto de vista busca instalar” (di Stefano, 2013, p. 152).

En esta línea, identificaremos la ideología lectora y el ideologema correspondientes a la práctica que la escena en análisis visualiza, es decir, el sistema de ideas o representaciones sobre el leer y la máxima ideológica que subyacen en el enunciado, respectivamente (di Stefano, 2013, p. 22).

Es importante poner de relieve que el *Werther* es, en buena medida, una obra crítica respecto de las representaciones que subyacen en el texto, y que Goethe ironiza en diversos pasajes sobre la subjetividad que el protagonista encarna. Esta particularidad de

la novela no afecta nuestro análisis, pues esta no deja por ello de exhibir –en particular en la escena elegida– el modelo que se atribuye a la práctica lectora.

Para nuestro propósito, hemos utilizado la traducción de José María Valverde (Goethe, 2016). La escena, en esta traducción, se transcribe en el siguiente apartado. No obstante, también hemos consultado la traducción de Rafael Cansinos Assens (Goethe, 1959).

Teniendo en cuenta que se trata de una novela universalmente conocida, pasaremos por alto su presentación. Solo apuntaremos que se publicó por primera vez en ocasión de la Feria de otoño de Leipzig del año 1774.

1. La escena

A cerca de una hora de la ciudad hay un lugar que llaman Wahlheim. Su colocación en una colina es muy sugestiva, y cuando se sale hacia la aldea por el sendero, se contempla de repente el valle entero. Una excelente posadera, agradable y vivaz para su edad, ofrece vino, cerveza y café; y lo que es mejor, hay dos tilos que con sus ramas extendidas cubren el pequeño terreno de delante de la iglesia, que está cerrado alrededor con casas de labradores, cobertizos y corrales. Nunca he encontrado fácilmente un sitio tan acogedor, tan escogido; así, hago sacar mi mesita y mi silla de la posada, tomo el café y leo a mi Homero. (Goethe, 2016, p. 46-47)

2. Dimensión material de la práctica

Wahlheim (literalmente, “hogar de adopción”) es un lugar poco alejado de la ciudad, “a cerca de una hora” de esta (2016, p. 46), y desde la que Werther puede llegar a pie. La escena en análisis, que corresponde a la carta del 26 de mayo de 1771, contiene una descripción suficientemente amplia. Se emplaza sobre una colina a la que se accede por un sendero, al término del cual se llega a una aldea desde la que se abarca todo el valle. El sitio concreto donde se desarrolla la escena en análisis se encuentra sobre un pequeño terreno (una “plazoleta”, 1959, p. 104) delante de una iglesia, “que está cerrado alrededor con casas de labradores, cobertizos y corrales” (2016, p. 47). El pequeño terreno se encuentra cubierto por las ramas de dos tilos, que constituyen lo más destacado, “lo más principal de todo lo que allí hay” (1959, p. 104).

El lugar cuenta con una posada, atendida por una “excelente posadera, agradable y vivaz para su edad” (2016, p. 46-47). Los servicios no son pocos para un lugar semiagreste: vino, cerveza y café, bebidas que el personaje puede ingerir sentado a una mesita de la posada, que manda poner bajo los tilos con su correspondiente silla. Allí, mientras bebe “a sorbitos” café (1959, p. 104), lee su Homero. La lectura, en consecuencia, se desarrolla al aire libre y en un ambiente semirrural. Destacamos, además, que se trata de una lectura individual, en soledad.

El libro como objeto a ser leído no surge de la escena en sí misma sino de la carta del 28 de agosto de 1771, día del cumpleaños de Werther. En esa oportunidad, Werther recibe como regalo de Lotte y Alberto, su novio, “dos libritos en duodécimo, el pequeño *Homero* de Wetstein, una edición que deseaba hace tiempo, para no tener que cargar con la edición de Ernesti cada vez que salgo de paseo” (2016, p. 95).

El formato en dozavo (que sería la expresión correcta, como lo propone Cansinos Assens en su traducción, Goethe, 1959, p. 164) era, junto con el octavo, el octavo menor y el dieciseisavo, los predilectos del público lector de la época, propios de la cultura lectora burguesa de la era de la Ilustración (Wittmann, 2011, p. 375).

Como lo reconoce el propio protagonista en el párrafo transcrito, durante los paseos anteriores a su cumpleaños, época a la que pertenece la escena que aquí se analiza, Werther acarrea la pesada edición de la obra homérica cuidada por el célebre filólogo clásico J.A. Ernesti (1764). La edición de Wetstein, impresor de Amsterdam, era más cómoda pero más antigua (1707). Ambas contenían el texto griego enfrentado con su traducción latina (Valverde citado por Goethe, 2016, p. 95).

En cuanto al libro como texto, obviamente se trata de la obra de Homero, que el protagonista lee en las lenguas antes indicadas. En lo que respecta a la temporalidad de la práctica, esta se desarrolla en horas diurnas, con una duración indeterminada, puesto que el texto no proporciona datos precisos al respecto, y de un modo reiterado.

Si bien el texto tampoco proporciona pistas al respecto, suponemos que nos encontramos ante una lectura silenciosa -que contrasta con la lectura “necesariamente oralizada” (Chartier, 1993, p. 34)-, propia de los lectores cultos. También respecto del referido contraste que realiza Chartier (1994). Esta conclusión se apoya en la ausencia de referencias que den cuenta de una lectura en voz alta, las cuales, dadas las características psicológicas del personaje y su propensión a explayarse sobre los más insignificantes detalles concernientes a sus actitudes, habrían sido prontamente reveladas por este.

3. La escena como representación discursiva de la práctica

El pasaje de la historia del libro a la historia de la lectura supone, entre otros aspectos, la restitución de “las formas contrastadas con que lectores diferentes aprehendían, manejaban y se apropiaban de los textos puestos en libros” (Chartier, 1993, p. 33).

En el último párrafo del apartado precedente, hemos adelantado uno de estos contrastes (lectura silenciosa/lectura en voz alta). También, en el apartado anterior adelantamos uno de los polos de otro de los contrastes que propone Chartier (1993, p. 34), el que opone “las lecturas de la soledad, del retiro, del secreto, y las lecturas hechas en público”, oposición que se juega entre “la lectura de la intimidad, de lo cerrado, de la soledad

considerada como uno de los soportes esenciales de constitución de una esfera de lo privado, y las lecturas colectivas, disciplinadas o rebeldes, de los espacios comunitarios” (Chartier, 1994, p. 36). Estas últimas se asocian a las que tenían como destinatarios a los analfabetos, quienes de ese modo podían acceder a los textos escritos (Chartier, 1993, p. 34).

El caso que comentamos encuadra perfectamente en el polo individual aludido, con la marcada característica que define la práctica como retiro del “vértigo de la vida mundana”, la que además se encuentra calificada por el hecho de que ese retiro se produce en la naturaleza, con todo lo que eso implica, como se expresará más adelante.

Pero Chartier (1993, p. 34) señala que:

[...] hay otras lecturas distintas, que no se hacen en el aislamiento, que no son solitarias ni silenciosas [...]

[y advierte que la lectura en voz alta debe ser comprendida] no sólo como medio de hacer participar a los analfabetos en la cultura de lo escrito, sino también, y sobre todo, como una forma de sociabilidad, familiar, mundana o culta, hecha por tanto por quien sabe leer a quien sabe leer.

En tal sentido, no podemos dejar de mencionar que existe en el *Werther* una escena que nos muestra hasta qué punto la lectura como actividad individual, privada y silenciosa convivía en los círculos cultos con las prácticas que Chartier describe en el fragmento transcrito en el párrafo precedente.

En el Libro Segundo, Werther lee a Lotte el poema de James Macpherson *Songs of Selma*, falsamente atribuido a Ossian –que Goethe tradujo e incluyó en su obra–, escena que se sitúa en el punto culminante de la novela y que desemboca en el suicidio del protagonista. Lotte le pide a Werther que le lea los versos “pues esperaba siempre oírse los leer” (2016, p. 162), lo que confirma el aserto de Chartier (1993, p.34) en el sentido de que:

De la diligencia a la taberna, del salón a la academia, del encuentro amistoso a la reunión doméstica, son muchas las circunstancias entre los siglos XVI y XIX en las que leer en voz alta, para los demás, es un gesto normal, esperado. La lectura no es, por tanto, solamente una figura de lo íntimo o de lo privado; también es cimiento y expresión del vínculo social.

Desde otra perspectiva, y vinculando la lectura en soledad con la lectura al aire libre, debemos poner de resalto el papel que la lectura “en la naturaleza” cumplía para la clase social que el protagonista representa. En este sentido, y adelantándonos al análisis que se realizará seguidamente respecto del lugar de la intelectualidad burguesa en la sociedad alemana, debemos señalar que este tipo de lectura representaba una actitud de rebeldía contra las normas sociales imperantes, que relegaban a dicha intelectualidad.

Implicaba una suerte de “ostentosa renuncia a la sociedad” y una “huida patente [...] de las exigencias de la corte, de la ciudad y de los deberes cotidianos” (Wittmann, 2011, p. 370). Ese “retiro de lo mundano”, ese refugio en la soledad de un ambiente natural, “agudizaba la experiencia de la lectura entremezclando lo idílico del entorno con los destinos imaginados” (Wittmann, 2011, p. 370).

Esta lectura al aire libre, además, exalta la vida sencilla, la del aldeano, la del hombre del ambiente rural. Nótese al respecto que el lugar donde se desarrolla la práctica se encuentra rodeado de casas de labradores, cobertizos y corrales. Por otra parte, en otra escena de lectura (carta del 21 de junio de 1771), el protagonista, mientras lee “su Homero”, recoge guisantes y les quita los hilos para después cocerlos, actividades también propias de una vida sencilla que califica de “patriarcal” (2016, p. 64). Estos elementos aúnan representaciones de importancia para el prerromanticismo, el que vincula de una manera inescindible la vida del “hombre honrado y simple, que vive en modestas condiciones burguesas, y que ahora en literatura –en Goldsmith entre otros– aparece por primera vez como prototipo, y la ‘inocencia de la naturaleza’ ” (Hauser, 1978, p. 225), la que podemos relacionar con J. J. Rousseau, del que al respecto son dignos de mención el *Discurso sobre las ciencias y las artes* (1750) y el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1754).

Por otra parte, la referencia a los tilos, contenida en la escena en análisis, no es menor. Su presencia en las narraciones y en el cancionero popular alemán es reiterada y de importancia. Al respecto, nos informa Heine en relación a la recopilación de Clemens Brentano y Achim von Arnim conocida como *El niño del cuerno maravilloso* (1805-1808):

Nunca alabaré bastante ese libro; recoge las flores más delicadas del espíritu alemán, y quien desee conocer a este pueblo desde un aspecto simpático, que lea ese libro, el cual tengo abierto ante mí en este momento y me parece que me perfuma con el olor de nuestros tilos del Norte. El tilo desempeña, en efecto, un gran papel en esas canciones; los alemanes platican a su sombra por la tarde, es su árbol favorito, sin duda porque la hoja de tilo tiene la forma de un corazón. Esta observación fue hecha por un poeta alemán a quien quiero más que a ninguno, a saber, por mí mismo. (Heine, s. f., p. 129)

La lectura en la naturaleza, en consecuencia, involucra una totalidad que comprende la caminata por un ámbito semirural portando un libro, la llegada al paraje ideal, previamente elegido, el contacto con la gente simple del lugar, la toma de ubicación debajo de unos árboles con significado simbólico y raíz telúrica, el disfrute de comodidades propias de la civilización, pero relativamente lejos de esta y la lectura propiamente dicha de una obra “elevada”.

En otro orden de ideas, debemos señalar que, hasta que es sustituido por la lectura de Ossian, noticia que nos proporciona la carta del 12 de octubre de 1772 (2016, p.130),

Werther lee un solo libro: el que contiene la obra de Homero. Esta circunstancia no se desprende de la escena que aquí se analiza sino de otro fragmento de la obra, que complementa a aquella.

En efecto, en la carta del 13 de mayo de 1771, escribe a su amigo:

¿Preguntas si me has de mandar más libros? Querido mío, por Dios te lo pido, no me los ates al cuello. No quiero ya ser guiado ni animado ni encendido; este corazón ya arde bastante por sí mismo: necesito canciones de cuna, y las he encontrado en abundancia en mi Homero (2016, p. 41).

Esta característica puede también verificarse en la presencia exclusiva de la obra de Homero en las restantes escenas de lectura, siempre hasta el deslumbramiento que produjo en el protagonista la lectura de Ossian. Por su parte, suponemos que Werther lee preferentemente *La Odisea*, pues ello se infiere de las referencias a los pretendientes de Penélope (2016, p. 64) y a la hospitalidad que Ulises recibió del porquero (2016, p. 114), que hallamos en las cartas del 21 de junio de 1771 y del 15 de marzo de 1772, respectivamente.

Se trata, en consecuencia, de una lectura intensiva, “enfrentada a libros poco numerosos [...] reverencial y respetuosa”, en contraste con la lectura extensiva, “que consume muchos textos, que pasa con soltura de uno a otro y otorga un mínimo de sacralidad a la cosa leída” (Chartier, 1994, p. 36). En el mismo sentido, Chartier (1993, p. 163-64).

Es del caso destacar que la lectura de Ossian también es intensiva, como se aprecia en la ya referida carta del 12 de octubre de 1772, en la que el protagonista expresa que “Ossian ha desplazado en mi corazón a Homero” (2016, p. 130), por lo que debemos suponer, y así lo demuestran las consideraciones que tiene hacia este supuesto autor a partir de allí, que la relación con sus textos es del mismo tipo que la que mantenía con los del poeta griego.

Que el texto sea la obra de Homero puede explicarse, por un lado, a partir de la peculiar posición social que ocupa la intelectualidad burguesa en esa comunidad cultural y lingüística que hoy llamamos Alemania, que será expuesta a continuación, que produjo una suerte de “fuga al pasado” (Hauser, 1978, p. 224-25) –que también se observa en la lectura de Ossian y que marcará definitivamente al Romanticismo posterior–, y por otro lado, desde la perspectiva de una época y de una clase social que otorga al libro y a la lectura el lugar de “campo de prácticas del autoconocimiento y del raciocinio”, la que confiere a esta última, entre otras, la función de elevar “el horizonte moral y espiritual” (Wittmann, 2011, p. 357).

Ahora bien, ¿cuál es la razón por la que un miembro de la burguesía ilustrada, llamado por su posición sociocultural a realizar una lectura extensiva, práctica la lectura intensiva?

Tres son las hipótesis que podemos desarrollar con el objeto de encontrar una respuesta a esta pregunta.

La primera nos conduce a la situación de la intelectualidad burguesa en Alemania en la época correspondiente al prerromanticismo y aún con anterioridad, la que le impide “ejercer sobre la realidad política y social la correspondiente influencia, o que, frecuentemente, tampoco quiere hacerlo” (Hauser, 1978, p. 278), panorama que ha expuesto en similares términos Wittmann, (2011). La burguesía alemana sufrió esta postergación a manos de los príncipes desde el siglo XVI, pasando por distintos períodos que determinaron su autoaislamiento como respuesta a esa exclusión (Hauser, 1978, pp. 267 y 273-74), así como la producción de un tipo de intelectual alejado de la realidad inmediata, contemplativo, cerrado al mundo práctico, con la consecuente formulación de una forma de pensamiento peculiar que desemboca en el idealismo y en el irracionalismo (Hauser, 1978, p. 271-72). Un fenómeno similar, aunque con consecuencias distintas y que produjo un tipo de intelectual diferente, puede observarse en Inglaterra a principios del siglo XVII y en Francia a fines del siglo XVIII (Chartier, 1995, p. 208-214).

No obstante la señalada postergación, el irrefrenable progreso del comercio y de la industria (Hauser, 1978, p. 274) coloca a la burguesía, con el correr del tiempo, en el centro de la escena intelectual durante el *Sturm und Drang* (Hauser, 1978). Pero su lugar en el entramado político y social no se modifica sustancialmente, por lo que la causa que produjo el tipo de intelectual más arriba descrito no desaparece. Al persistir la causa, persiste el efecto, y el intelectual alejado de la realidad continúa constituyendo el modelo de su época.

Ser un intelectual encerrado en su torre de marfil significaba, en aquel momento, oponerse a los postulados de la Ilustración (Hauser, 1978). (Contra la interpretación que opone Ilustración/*Sturm und Drang*, Luckas, 1968). Y la Ilustración, como sabemos, predicaba una práctica de lectura extensiva, caracterizada por su utilidad –tanto como herramienta para el ascenso social como para la resolución de problemas– y por su contenido moral (Wittmann, 2011).

Si bien Hauser (1978) y Wittmann (2011) difieren en lo que respecta a la característica de cerrazón de la intelectualidad burguesa alemana, ausente en el análisis del último de los mencionados, mientras que Luckás (1968) directamente desdeña la mentada oposición Ilustración/*Sturm und Drang* por considerarla vulgar, reaccionaria y propia de la interpretación formulada por la burguesía decadente del siglo XIX, lo cierto es que la lectura intensiva no correspondería, por derecho propio, a los principios sustentados por la Ilustración, sino a las ideologías –y por tanto a las prácticas– que ubican a la religión en un lugar central.

La primera respuesta que podemos formular a partir de lo hasta aquí expuesto sostiene que la lectura intensiva que practica Werther, como representante de la intelectualidad burguesa de su época, constituiría una reacción contra los postulados de la ideología de la Ilustración, a los que el estamento que el personaje encarna se opone, contrariando sus propios intereses de clase (Hauser, 1978), a causa de la postergación sociopolítica que padece y en tanto producto del autoaislamiento que esta provoca en sus miembros.

La segunda hipótesis postula que la lectura intensiva que presenta la obra de Goethe hunde sus raíces en la tradición protestante imperante en Alemania en torno a la lectura de la Biblia.

En efecto, en Alemania dicha modalidad de lectura reconoce como soporte “la frecuentación cotidiana de la Biblia, escuchada, leída, releída, recitada” (Chartier, 1993, p. 164), sin necesidad de la intermediación del clero entre la palabra divina y la comunidad de fieles, intermediación que, no obstante, existió en las regiones católicas del Imperio (Wittmann, 2011, p. 364). Sería esta tradición, y el carácter intensivo de la lectura de la palabra bíblica, la que se proyectaría en las lecturas de Werther, determinando así su práctica.

Por último, la tercera hipótesis inscribe las lecturas intensivas escenificadas en el *Werther*, entre estas la aquí estudiada, en el campo de influencia que la obra de Juan Jacobo Rousseau, y su concepción de la lectura y del lector, tuvo en la generación a la que pertenece la obra de Goethe.

Robert Darnton (2000) estudió ampliamente este tema desde distintos aspectos. En lo que nos concierne directamente, podemos citar con él un pasaje de la gran novela de Rousseau, *Julia, o La Nueva Eloísa* (1761), así como un fragmento de uno de sus Prefacios, que sintetizan el pensamiento del autor sobre el particular.

En el primero, Saint-Preux instruye a Julia del siguiente modo (Rousseau, 2013): “Leer poco y pensar mucho en nuestras lecturas o, lo que es lo mismo, hablar mucho de ellas entre nosotros, es el medio de digerirlas bien” (p. 185).

Y en el segundo Prefacio, el autor expresa:

Cuando se vive aislado, como no se da uno ninguna prisa por presumir de haber leído, se varían menos las lecturas, se meditan más, y, como tampoco encuentran un gran contrapeso en el exterior, hacen mucho más efecto en el interior. (Rousseau, 2013, p. 130)

Darnton (2000, p. 230) sostiene que Rousseau “no solo describió la lectura como él y los personajes de sus libros la practicaban”, sino que además “dirigió la lectura de sus lectores”, a quienes “les enseñó cómo abordar sus libros”. La comunicación entre las almas del escritor y del lector, la identificación de este con los personajes, la entrega apasionada al sentimiento, el torrente de lágrimas que tal entrega desataba, eran, dicho

sea de paso, algunas de las “directivas” que Rousseau dirigía a sus lectores (Darnton, 2000), entre las que se destaca, para nuestros fines, la lectura de pocos libros, es decir, la lectura intensiva.

Rousseau diseñó de este modo un lector ideal, el que imitado por los numerosos lectores reales que se acercaban a su obra (Darnton, 2000), habría instaurado una práctica intensiva que se habría multiplicado y difundido en Europa a través de su público. Este hecho lleva a Darnton (2000) a la conclusión de que la predicada revolución en la lectura que se habría producido en Europa a finales del siglo XVIII, es decir, el pasaje de la lectura intensiva a la extensiva, fue, en todo caso, una revolución a la inversa, ya que la práctica que predominaba era la primera y no la segunda.

Si consideramos la enorme influencia que Rousseau tuvo en el *Sturm und Drang*, podemos afirmar que la forma modélica de la práctica postulada por dicho autor fue la que el protagonista del *Werther* expresa en la escena en análisis, y con él, toda una generación de lectores guiados por la vanguardia intelectual nacida de la burguesía alemana.

Finalmente, aunando las consideraciones precedentes, podemos encerrar en la máxima “la lectura reiterada y meditada de pocos libros es una actividad que eleva el espíritu”, el ideograma correspondiente a la práctica que la escena en análisis visualiza.

CONCLUSIONES

Hemos analizado la escena propuesta en sus dos dimensiones al tiempo que examinamos sus múltiples elementos. A su vez, señalamos el punto de vista del enunciador respecto de la práctica y la ideología lectora correspondiente a esta. En este recorrido, identificamos algunos componentes que, no obstante encontrarse fuera de la escena analizada, la constituyen o, al menos, la complementan. Así, señalamos que el libro como objeto, el carácter intensivo de la lectura de Homero y la preferencia del protagonista por *La Odisea*, se desprenden de otros fragmentos de la obra. Podemos entonces concluir, en lo que concierne a este último aspecto, que a fin de arribar a una adecuada comprensión de la práctica es necesario “completar” la escena con dichos elementos externos a su formulación, por lo que estos resultan una valiosa herramienta para su estudio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Chartier, R. (1993). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Alianza.

Chartier, R. (1994). *El orden de los libros*. Gedisa.

Chartier, R. (1995). *Espacio público, crítica y desacralización en el S. XVIII (Los orígenes culturales de la Revolución Francesa)*. Gedisa.

- Darnton, R. (2000). Los lectores le responden a Rousseau: la creación de la sensibilidad romántica. En *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Fondo de Cultura Económica.
- di Stefano, M. (2013). *El lector libertario*. Eudeba.
- Goethe, J.W. (1959). *Los sufrimientos del joven Werther-Reineke el Zorro*, trad. R. Cansinos Assens. Aguilar.
- Goethe, J.W. von (2016). *Los sufrimientos del joven Werther*, trad. J. M. Valverde. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Hauser, A. (1978). *Historia social de la literatura y del arte*, (tomo 2). Guadarrama.
- Heine, E. (s.f.). *De la Alemania*, (tomo 2). F. Sempere y Compañía, Editores.
- Lukács, G. (1968). Los sufrimientos del joven Werther. En *Goethe y su época*. Grijalbo. Recuperado de <http://biblioteca.cefyl.net/node/29030>
- Rousseau, J. J. (2013). *Julia, o la Nueva Eloísa*. Ediciones Cátedra.
- Wittmann, R. (2011). ¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII? En G. Cavallo y R. Chartier (Dir.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 353-385). Taurus.

¹ Daniel C. Bellantonio es abogado por la Universidad de Buenos Aires, donde realiza la Carrera de Especialización en Procesos de Lectura y Escritura.